

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49, 3.5-6): *Te hago luz de las naciones.*

Salmo (39, 2.4ab.7-8a.8b-9.10): *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad».*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 1-3): *La gracia y la paz de parte de Dios.*

Evangelio (Juan 1, 29-34): *Este es el Cordero de Dios.*

Cuando vamos a un sitio y de pronto nos damos cuenta que no reconocemos el lugar por el que estamos pasando, necesitamos buscar fuera de nosotros: un plano, una persona, una señal reconocida. Grande es la alegría que sentimos cuando vemos que nuevamente caminamos hacia el objetivo que nos habíamos propuesto. Está claro que saber a dónde queremos llegar no es suficiente; necesitamos saber también el por dónde se va, las dificultades que vamos a encontrar, los cambios que se han introducido en ese camino. Y, sobre todo, dejarnos acompañar por aquellos que conocen bien el camino.

En las olimpiadas, como en todas las llamadas de la época moderna, el afán de competir entre las naciones y la lucha por alcanzar el mayor número de medallas es cada vez más evidente. Aunque luego en los discursos y en las entrevistas se destaque más el hecho de participar como el mayor logro de todos.

No nos cabe la menor duda de que en la historia moderna del ser humano las naciones se catalogan de mayor a menor por su mayor potencial económico, científico, armamentístico y tecnológico. Y a la hora de disminuir los presupuestos de gastos los que salen perjudicados son los de ayuda social para los desfavorecidos y la ayuda al desarrollo de las naciones que muchas veces, nosotros mismos, hemos empobrecido.

Tener más hace posible que seamos recibidos por los que necesitan de nuestro dinero. Hacer las cosas mejor que otras personas posibilita que otros acudan a pedirnos consejo. Recoger más premios por los éxitos obtenidos en cualquier campo o estar a la última en cuanto a tecnologías de vanguardia, nos coloca en unas listas artificiales en las que nadie nos reconoce como personas.

Tan solo las personas que han estado presentes en nuestra vida y en nuestro desarrollo personal saben quiénes somos y lo que somos capaces de poner al servicio de la comunidad de hombres y de mujeres que procuran el bien de todas las personas y el reconocimiento de su dignidad. En el camino del desarrollo personal y estructural de personas y colectivos hay quien va por delante y quien va por detrás, en referencia a otras personas y a otros colectivos. Lo importante es no quedarse parado. Como Juan Bautista respecto de Jesús “*dar testimonio*”, señalando las referencias y marcando las pautas que son seguras y apropiadas para cada persona y en cada momento para su crecimiento personal.

Personas comprometidas, que trabajan en los procesos de rehabilitación, con los sin techo, con los alcohólicos, con enfermos o en las Cáritas parroquiales, experimentan en más de algún momento su limitación: **¡No podemos más! ¡Vaya a un especialista o a un centro especializado donde disponen de más medios!** En términos semejantes pudo expresarse el Bautista respecto a los que deseando cambiar de vida pedían el bautismo en el Jordán.

En el evangelio se citan unas palabras pronunciadas por Juan, que dan la clave y son la síntesis de su misión y de la de Jesús y que han sido plasmadas por muchos artistas. El hombre adusto del desierto aparece como un poste del camino con el dedo levantado señalando a Jesús: **«Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»**. Quiere decir: yo anuncio remedios parciales, pero no puedo curar la raíz. Vosotros venís a mí, pero en realidad es a Él a quien buscáis. Él es Jesús, el Salvador, y viene a liberar al pueblo de sus pecados.

Este “*testimonio*” de Juan hizo que, algunos discípulos de Juan se pasaran inmediatamente al magisterio de Jesús porque la salvación no es obra de magia. Exige un cambio, una radical orientación a Dios y un seguimiento de Jesús para colaborar con él en la obra de la salvación, quitando el pecado del mundo e instaurando en la tierra el Reino de Dios.

Ya apenas se habla de pecado, no se utiliza esta palabra. Algunos lo consideran traumatizante y provocador de complejos de culpabilidad. El comunismo suprimió del diccionario la palabra “dios” y el consumismo quiere e intenta suprimir la palabra “pecado” prefiriendo otros sinónimos más suaves. Así por ejemplo, el robo recibe la denominación genérica de “*corrupción*”; al asesinato del no-nacido se le llama “*interrupción del embarazo*”; el adulterio o concubinato “*liberación sexual*”. Ese es el mayor pecado de mundo, la obcecación y fanatismo que produce ceguera y es causa de las mayores atrocidades.

Afirmó el sociólogo A. de Miguel: **«No hay conciencia de pecado porque no hay orden de valores»**. El único valor aceptado es el YO, puesto en la cumbre de valores al que se subordina todo. Lo que yo apruebo, creo, hago, eso es la verdad y lo bueno. Lo que me dicen, mandan, enseñan, si no lo hace la mayoría, no se acepta, ni es verdad, ni bueno, ni nada, aunque lo diga Dios.